

los elementos que ayuden a éste a comprender los rasgos divergentes en el comportamiento del indiano, introduciéndole en otro código social. Por lo demás, las obras de Palacio Valdés o de Leopoldo Alas dejan bien clara la imagen que el indiano proyecta en la óptica de sus compatriotas; una imagen sin duda, que oscila entre la envidia y el menosprecio. Envidia porque con inteligencia o sin ella había triunfado en el mundo de los negocios y había conseguido una considerable fortuna;<sup>33</sup> desprecio porque ignoraba y desdeñaba el conjunto de normas y convenciones por las que se regía la vida cotidiana.

Aunque ha sido infravalorado el capital repatriado durante los últimos lustros del siglo XIX, parece que fue considerable si bien resulta difícil de cuantificar.<sup>34</sup> Para el historiador los datos que ofrecen los mundos de ficción no siempre resultan precisos, aunque sí permiten hacer unas valoraciones cuya correspondencia con la realidad habría que verificar. Los indianos que aparecen en *El cuarto poder* instalados en Sarrió, nombre novelesco de Gijón, formando una colonia bastante numerosa, «más de cincuenta», dan la impresión de responder a un nivel económico medio; es decir, adinerados pero no acaudalados. La fortuna de los indianos sarrionenses oscila entre los 30.000 y los 100.000 duros, mientras que el capital de Granate supera los dos millones y medio de pesetas. En otros casos no se especifican cifras, pero se apunta a una «inmensa cantidad»,<sup>35</sup> o se habla de un «enorme capital», como ocurre cuando Palacio Valdés se refiere a Quirós, frase que hay que entender en el contexto del capítulo novelesco como una cifra que sobrepasaría, por lo menos, el millón de pesetas. En todo caso, ahorrar «algunos miles de duros» parece ser el mínimo imprescindible para emprender la aventura del regreso.

El papel que cupo al capital americano en la segunda mitad del siglo en la dinamización de la economía española va siendo conocido, gracias a una serie de estudios de carácter regional que han puesto de manifiesto la diferente incidencia que aquél tuvo en la agricultura y en la industria según las regiones.<sup>36</sup> Sin desconocer la importancia de las remesas americanas en los últimos lustros del siglo XIX, los indianos de esa épo-

<sup>33</sup> *En la España de la Restauración a pesar de que la fortuna no constituye el primer elemento para fijar las jerarquías sociales, por la persistencia de una mentalidad más entrañada en la vieja sociedad estamental que en la moderna sociedad de clases, es sin embargo un poderoso medio para lograr esa fusión de elites a que se ha referido Lequin al tratar de la sociedad europea del siglo XIX. Dentro de este contexto resulta bien explicable pues, la aureola de que goza el indiano entre sus conciudadanos.*

<sup>34</sup> *Se ha calculado en unos 1.000 millones de pesetas el monto de los capitales repatriados entre 1892 y 1902. Erice cree que esta cifra dada por Barthe queda muy por debajo de la real, «por cuanto otros la elevan a un mínimo de 2.000 millones entre finales del siglo XIX y principios del XX». Vid. F. Erice Sebares, La burguesía industrial asturiana. Oviedo, 1980, p. 118.*

<sup>35</sup> «Don Frutos Redondo procedente de Matanzas con un cargamento de millones», L. Alas «Clarín», La Regenta, op. cit., p. 242.

<sup>36</sup> *El capital americano jugó un importante papel en la economía española de los últimos lustros del siglo XIX y principios del XX. Tres fueron fundamentalmente, los canales recorridos por este dinero en su camino de vuelta. Unas veces se trataba de remesas enviadas por el propio emigrante con las que su familia adquiriría propiedades; otras, las remesas eran mandadas por un apoderado que, el indiano, al regresar a la península, había dejado al frente de sus posesiones, cuando éstas no habían sido liquidadas previamente, y por fin, podría tratarse de la repatriación de la totalidad del capital por la venta de todos los bienes al volver a la patria. La incidencia de estos capitales americanos fue enorme en algunas regiones españolas. En Asturias sabemos que había comarcas, como la de Llanes, en que las aportaciones indianas constituían la mayor parte de su riqueza. Vid. O. Bellmunt y Traver y F. Canella Secades, Asturias. Gijón, 1884, 3 t., pp. 269-291.*

ca no se caracterizaron como grandes empresarios —excepciones aparte—, aunque por supuesto, no sería justo olvidar la parte que les cupo, por ejemplo, en el «auge de fin de siglo» asturiano.<sup>37</sup> De cualquier forma cabe señalar dos épocas en cuanto se refiere re al alcance del oro americano repatriado. Hasta fines del XIX aproximadamente, el emigrante que volvía enriquecido compraba fincas rústicas, valores públicos o se dedicaba al préstamo usurario; en general, vivía tranquilamente de sus rentas y a veces dedicaba una parte de las mismas a obras de carácter local que contribuían a su vez a prestigiarle; pero, en todo caso, el dinero americano no parece haber alcanzado todavía el efecto dinamizador que logrará desde comienzos del siglo XX. Por lo general, tras la repatriación masiva que siguió al desastre del 98, el indiano pasó a formar parte de la burguesía activa del país, destinando su capital a crear o levantar empresas que incidieron de manera muy positiva en la economía española del momento.

La literatura se hace eco de esta doble vertiente. El talante pasivo y ostentoso del indiano asturiano o santanderino aparece claro en las páginas de Clarín, de Palacio Valdés o de José María Pereda a la altura de los años ochenta. A propósito de la colonia de Sarrió escribe don Armando:

La mayor parte de ellos tenía su capital en papel del Estado, cuya renta, cuando se cobra, no origina molestia alguna. Levantábanse temprano por el hábito de madrugar, y andaban toda la mañana por las calles o por el muelle en pandillas de seis u ocho mirando la entrada y salida, la carga y descarga de los barcos. Después de comer se iban al entresuelo del café de La Marina o al de La Amistad, y pasaban tres o cuatro horas jugando o mirando jugar al billar.<sup>38</sup>

Conviene llamar la atención sobre el giro que experimenta la actitud del indiano al volver a la península. Aquél, que durante su estancia americana se ha comportado como dinámico empresario, se convierte a su regreso en un tranquilo rentista. La explicación de este cambio de actitud la encontramos en la misma novela de la época:

El duro trabajo y la sujeción en que habían vivido mucho años, les hacía tener de la felicidad una idea muy distinta de la nuestra. Para nosotros la dicha consiste en gozar de un placer nuevo cada día, agitarse, viajar, gozar con el cuerpo y el espíritu de la hermosa variedad de las cosas que la Naturaleza nos ofrece. Para ellos, se cifraba única y exclusivamente en no trabajar, pasar un día y otro redimidos de la dura ley impuesta por Dios a Adán después del pecado. Y la verdad es que se cebaban ferozmente en este goce singular.

Ahora bien, en los mundos de ficción, seguramente también en el mundo real, esta forma de vida, que les lleva a la más completa inhibición de los actos de la vida local, motiva la repulsa de sus conciudadanos:

<sup>37</sup> J. L. García Delgado se ha referido al papel desempeñado por el capital americano en la industrialización asturiana de fines del siglo XIX. Vid. «Enfoque regional y "coyuntura histórica": la industrialización asturiana de 1898 a 1917», en Estudios sobre Historia de España, t. I. Homenaje a Tuñón de Lara. Universidad Menéndez Pelayo, 1981. F. Erice se refiere a ello y recoge testimonios de la época, op. cit., pp. 120-121. Vid. también L. G. San Miguel, De la sociedad aristocrática a la sociedad industrial en la España del siglo XIX. Madrid, Edicusa, 1973, espec. cap. III.

<sup>38</sup> Son numerosos los testimonios reales que atestiguan la veracidad de lo que encontramos en los textos literarios; puede leerse en Heraldo de Asturias de La Habana: «Los capitales de América iban para Asturias antes de la pérdida de nuestras últimas colonias, no se metían en empresas industriales ni comerciales, y salvo alguna parte que se empleaba en algún edificio dedicado a la propia vivienda, el resto se invertía en papel del Estado, que daba una renta fija y segura y permitía a sus poseedores entregarse a una vida de perpetua holganza y sin cuidados». Apud F. Erice, op. cit., pp. 119-120. A. Palacio Valdés, El cuarto..., op. cit., pp. 54-55.

Por la espalda, y aun de frente les llamaban roñosos, aldeanos, burros cargados de dinero. Pero los indianos tenían la piel muy dura y despreciaban tales desahogos.

Este desprecio generalizado que encontramos en *El cuarto poder* llega incluso a cuestionarse la función social tanto de la persona del indiano como de su dinero:

¿Para qué sirven cincuenta vagos tirados todo el día por la calle, abriendo la boca y estirándose como perros? ¿Si destinaran siquiera su dinero a alguna industria útil a la población!<sup>39</sup>

¿Era este sentir generalizado? Algunos testimonios literarios recogidos parecen abonar esta opinión, que por supuesto, requeriría la confirmación de otras fuentes.

Pero si, como acabamos de señalar, los indianos de Sarrió, Vetusta o Cantabria se entregan a una vida de ostentación o de ocio, por las mismas fechas dos indianos galosianos —Caballero y Cruz, que viven en dos grandes ciudades españolas, Madrid y Barcelona— se orientan ya por otros caminos. Caballero mantiene actividades de tipo financiero, de acuerdo con el carácter de la burguesía madrileña, mientras Cruz toma las riendas de la fábrica de los Moncada, movilizando un capital que, en manos nobiliarias amenazaba con estancarse e incluso con desmoronarse. También los indianos valdesianos pertenecientes al siglo XX mantienen otras actitudes económicas. Reynoso, madrileño (1906), dedicará su fortuna no sólo a la adquisición de inmuebles o bienes suntuarios sino también a la compra de tierra y a la modernización de la agricultura. Sarabia, el indiano granadino (1916), se convertirá en un rico comerciante, y Quirós (1931) en uno de los grandes banqueros de la capital. Es importante pues, que anotemos este giro que se observa en los indianos que presenta el mismo escritor, y que responde, a mi entender, al giro que parece seguir el oro americano desde los últimos años del siglo.<sup>40</sup>

### c) *La reinserción del indiano en la sociedad española*

Por último quisiera hacer unas breves observaciones acerca del ideal de vida que preside el comportamiento del indiano literario a su regreso a la Península. En el aspecto laboral —ya me he referido a ello— su objetivo es conseguir la tranquilidad y el ocio rentabilizando con seguridad su dinero; socialmente, su afán es lograr la integración en la elite a través de un matrimonio adecuado, y con este fin adoptan paulatinamente aquellos signos de *status* que son unánimemente valorados como requisitos indispensables. Frutos Redondo lo tiene muy claro al llegar a Vetusta:

Venía dispuesto a edificar el mejor *chalet* de Vetusta, a tener los mejores coches de Vetusta, a ser diputado por Vetusta y a casarse con la mujer más guapa de Vetusta.<sup>41</sup>

En realidad el matrimonio constituye una cuestión primordial para estos hombres que regresan a la patria en edad madura y que aspiran a llevar una vida sosegada y

<sup>39</sup> A. Palacio Valdés, *ídem.*

<sup>40</sup> F. Aramburu se refiere al viraje que experimenta la inversión de los capitales repatriados tras 1898: en vez de destinarse a la compra de tierras, de valores, de propiedad inmobiliaria o a préstamos usurarios se orientarán fundamentalmente hacia la banca o a la industria. Vid. F. Aramburu, *op. cit.*, p. 465.

<sup>41</sup> L. Alas, «Clarín», La Regenta, *op. cit.*, p. 242.